

ORANDO CON LA PALABRA

(Fiesta de Pentecostés)

“ Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto, entró , se puso en medio Jesús y les dijo: “Paz a vosotros”. Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: “Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío “. Y dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo, a quienes les perdonéis los pecados,les quedan perdonados, a quienes se los retengáis, les quedan retenidos”.

(Jn 20,19-23)

La liturgia nos ha ido ofreciendo a lo largo del tiempo de Pascua, la presencia resucitada de Jesús entre sus discípulos. El tiempo de Pascua culmina en la fiesta de Pentecostés. Jesús resucitado ha vuelto al Padre, pero no nos deja solos. Nos lo repite constantemente, mi Padre os enviará al Defensor, al Espíritu, Él os recordará lo que hemos vivido y compartido, os fortalecerá...

Con la fiesta de Pentecostés celebramos y actualizamos la irrupción en nuestra vida, de la fuerza de Jesús hecha Espíritu. Es la Ruah, el aliento que sustenta la vida, la presencia que sana, que fortalece, que impulsa.

Desde la conciencia de saber que caminamos en desconcierto, de reconocernos necesitados de salvación. Desde la convicción de sentirnos envueltos en un mundo herido, necesitamos invocar al Espíritu y repetirle que venga de nuevo a nuestra tierra y a nuestro corazón. Que venga, nos habite y nos transforme. Que sea descanso y serenidad en nuestra vida inquieta y desasosegada. Que sane heridas y soledades. Que acoja el clamor de tantas necesidades, “ que rompa el techo de la tierra “ y renueve, encienda y alegre las entrañas de mundo.

Que el Espíritu venga y fortalezca e impulse nuestro caminar hacia ese Mundo Nuevo que es el sueño, el Proyecto del Padre: su Reino. Reino que Jesús inició, anunció y configuró, en su caminar histórico entre nosotros, y que ha dejado en nuestras manos como compromiso y misión, para que vayamos avanzando hacia su plenitud.

¡Ven, Espíritu! y vuelve a recordarnos, a recrear en nosotros la Palabra de Jesús, que dignifica y cuestiona, que libera y salva.

ORACIÓN

En el hoy de nuestro caminar,
tejido de sombras y luces,
de desconcierto y esperanzas,

envueltos en un mundo herido
por la violencia y la injusticia,
por las fronteras y el poder,
escuchando y compartiendo
el clamor de los refugiados,
de los humillados,
de los empobrecidos..
Necesitamos unir nuestras voces y repetir
desde lo más hondo de nuestro corazón,
¡Ven Espíritu!, te necesitamos.

¡Ven Espíritu!
y habítanos.
Entra en nuestra vida agitada
y, seréanos.
Que encontremos en ti, descanso.
Que tu presencia, que acoge y pacífica,
armonice sentimientos y temores.
Que en tu serenidad,
encontremos lucidez
para contemplar la realidad
para reconocerla,
para acogerla y transformarla.

¡Ven Espíritu!
y sana heridas y soledades.
Sana el corazón triste,
desencantado,
el que ha perdido la ilusión por vivir.
Sana el corazón pesimista,
que no es capaz de descubrir oportunidad
en la dificultad,
que teme lanzarse a la aventura
de buscar y apostar
por nuevas perspectivas, nuevas ilusiones,
nuevos proyectos.

Infunde “calor de vida”
en cualquier soledad
que aísla y endurece,
que hiela la sensibilidad

y ahoga la palabra y las sonrisas.
Infúndenos tu vida,
la que nos llena
y nos ilumina por dentro.
La que nos recrea cada mañana,
la que cicatriza heridas,
nos hace sentirnos
amigos del mundo
y nos hace vibrar
en cada pequeño servicio
que nos acerca al hermano.

¡Ven Espíritu!,
Acoge el clamor
de los que sufren,
de los que desconfían,
de los que se viven
despojados de sus derechos
y su dignidad.
Y haznos lúcidos y libres,
para poner voz,
gesto y compromiso,
al lado de los pequeños y los débiles,
al lado de los que aportan
su grano de arena,
para cambiar y alegrar
las entrañas del mundo.

¡Ven Espíritu!,
Haznos fuertes en tu fortaleza,
para seguir compartiendo
sueño y camino
con todos los que aún creen
que el Reino es posible,
que está ya, aquí,
creciendo en silencio,
y se comprometen,
a vivirlo y a anunciarlo
en marcha hacia su plenitud.

Amén

(Hna. Oyonarte)

